



Pabellón sin baranda y "atrinca"

Foto: Felipe Di Lodovico



En ocasión del 1er Festival "Caracas Fusión" que se realizó en el Teatro Nacional de Caracas en el año 1993, recuerdo en la rueda de prensa realizada por "Fundarte" a un Aquiles Báez -de pelo largo y alpargatas- responder a una pregunta de Lil Rodríguez sobre su estilo musical. Aquiles decía que lo que él estaba haciendo con la música venezolana era folklore "heavy", o sea, algo maravillosamente nuevo que andaba pasando en los recién estrenados años '90 con la música tradicional.

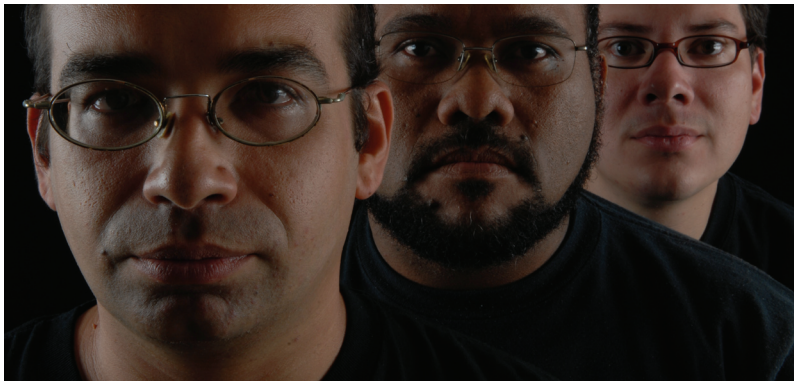
Los ecos de un primer proscrito hereje de los años '50, Aldemaro Romero, y los intentos de Aquiles y su platabanda en los tempraneros años '90, serían la herencia urbana, el impulso del eterno mestizaje, regresando siempre como la madre naturaleza que transforma y renueva. Esta nueva savia, muy lejos de deformar nuestro acervo, lo proyecta y enriquece.

No por casualidad estaban en esa rueda de prensa "tres chamos de la ciudad" (como en aquel entonces nos autodefinimos) que traían en sus "mapires" una de las mayores herejías relapsas que conocería la música venezolana: una música totalmente nueva, fresca, con humor, intelectual, "volada", osada, irreverente con swing, y sobretodo, y extrañamente, con un respeto absoluto hacia la tradición, partiendo de ahí a un discurso inusitado, insólito, casi inverosímil. Ellos eran Pabellón sin Baranda, los deudores de esa herencia urbana desde Aldemaro Romero hasta esos años '90.

PABELLON SIN BARANDA: una flauta, un cuatro, un cello? Nada más? Jazz? Esas armonías!.. Están locos!!... Y el nombre?.... Y el que le pega al cello.... (¡?)

Pero señores, déjeme servir la mesa! Degustar al Pabellón es una experiencia enriquecedora, irrepitible y sabrosa. Nuestra música es accesible a todo público y edad, desde el chico del interior hasta el chamo roquero que "tri pea" con la acidez de nuestros arrebatos criollos sus chistes e invitaciones al pique, con conversas, saludos y respuestas. Pabellón representa una cultura mestiza de salón ya universal que ni academia ni folklore la encuadra.

Nosotros recibimos la influencia del pop-urbano-latino-moderno-contemporáneo y damos ese



gusto a especies deliciosas que nos hacen participar así de la vasta culinaria musical del país, sin olvidar el sentido improvisatorio de los músicos populares y de jazz, que son parte de nuestra piel del siglo XXI. Y todo esto se puede apreciar en la personalidad de cada instrumento de una manera particular, como describiré a continuación.

El cuatro es un virtuoso en sus incursiones tímbrico-melódicas con esa fuerza de choque apetecible al charrasqueo, que va más allá del “tres mil notas por segundo” y se adentra en una nueva expresión, sin negar su grey y linaje criollo de puro “afrolengo”. La flauta, mágica de endemoniadas cascadas de arpegios vertiginosos e insultantes a reto, es por demás virtuoso-juguetona y pícara, dulce y picante. Posee un carácter expresivo sin par y fuera de serie, como una especie de Charlie Parker-PaulDesmond, pero con sabor criollo. El violoncello es itinerante, cual “utilitigre”, unas veces cantor a condición de tenor emocionado, otras virtuoso bajo acompañante, con fuerza en el “slap” del “funk-beat”, que gana en fuerza al contrabajo (sin denigrar a éste último). Guitarrea y hace de cuatro, sazonando con incursiones tímbrico-percusivas “alla madera” y produciendo texturas subyugantes, y escandaliza con la manera poco ortodoxa y auténtica de mezclarse con el salón criollo. Este catirito italiano apodado “cello”, se



incluye en la historia de la música venezolana de la mano de Paul Desenne y su quinteto, un híbrido eximio de alta factura. Luego, en mis experimentos se puede apreciar la reproducción de timbres esenciales de otros instrumentos, mostrando hasta una “marímbola”, instrumento de percusión de una caja hueca y tres lengüetas de metal que hacen de bajo sordo, o como una tambora oriental indígena (“El Guachafitero”).

Aunque éste es un disco principalmente instrumental, también se hace presente la calidez de la voz humana en múltiples facetas, como se aprecia en el lamento del pescador que canta melancólico en alta mar (“Malagueña Armenia”). O una voz jocosa, llegando al atrevimiento de improvisar en hip-hop a la manera de los poetas cumaneses, permitiendo la permeabilidad “para bien” de nuestra tradición (“Atrínca”). También se recrea el tradicional coro de gaiteros (“Gaitollón II”), y el de borrachos (“Estrabismo”).

Los ritmos que “Pabellón” cultiva en esta producción confirman un carácter único según el tipo de música que se toca en cada región de nuestro país. El merengue venezolano que se ejecuta en la región central y distrito capital, con su compás de 5/8 (que sólo se encuentra en ciertos acentos de la música hindú y griega y en el “zorrico” de los ibéricos peninsulares) y su acento se ha convertido en el más complejo de los ritmos ejecutables de la América Latina (“El Eschavetao”, “La Cartilla”, “Tarde Ayer”, “Estrabismo”).

Los encantos galantes andinos, de fina sutileza, junto a la dicharacharía del marabino, convierten la “gaíta” y “danza” zuliana en una de nuestras más genuinas expresiones. Pabellón plantea una coexistencia que alude a Sergei Prokofiev y el más puro atonalismo schönbergiano (“Gaitollón II”).

Los particulares desarrollos cadenciales andaluces, la manera apresurada del guaiquerí y el andaluz, la particular acentuación de la mano derecha del cuatro rasgueado, denominado “regolichao”, sumados a la maraca shamánica del oriental, de una sensualidad y virtuosismo no vista en el resto del planeta, hacen del joropo oriental (ejecutado en compás de 6/8 y muy diferente al llanero) un género único en nuestra tradición oral (“Atrínca”, “El Guachafitero”).

El vals venezolano, que guarda en su estructura la herencia vienesa del “Ländler” alemán pero criollizado en sus semes expresivos, en su rítmica no acartonada, sin guardarle culto al tiempo fuerte, más cadencioso, ondulante, tropical, nos muestra una particular visión de este exquisito legado criollo colonial. Nos recuerda aquellos grabados de los años '50 por Aldemaro Romero en

su producción “Dinner en Caracas” (“Crepúsculo Coriano”, “Insomnia Guarairae”).

Y finalmente, las plumas tradicionales reconocidas de nuestra Venezuela han compuesto especialmente para la agrupación, como han sido Pablo Camacaro (“El Eschavetao”); René Orea y su homenaje al Ávila, nuestra montaña mágica (“Insomnia Guarairae”); Raimundo Pineda y su inspirado romanticismo (“La Cartilla”), la vena creativa del cuatrista de la agrupación, quién a su vez es compositor y docente: Orlando Cardozo (“Atrinca”, “Tarde Ayer”, “El Guachafitero”, “Estudio Merenguístico”); y mi propia pluma, en una guasa “rucaneá” rusa (“Estrabismo”), acaso ¿Stravinsky comiendo Pabellón y tomándose un ruso negro?.

Ya me dio hambre!!

Así que mejor disfruten de esta producción y.....

Buen apetito y provecho melómanos!!

Pedro Vásquez
cellista